

RAZONES PARA UN NOMBRE

Conferencia pronunciada por la Doctora María Caridad Pacheco el 21 de junio, como miembro de un panel, que sesionó en la Asociación Canaria de Cuba "Leonor Pérez Cabrera", en el cual intervinieron además: Carmelo González, presidente de la Asociación, la artista plástica Thelvia Marín y el profesor Sergio Valdés Bernal.

El poeta cubano Guillermo Rodríguez Rivera, en un lúcido ensayo que indaga cómo somos las cubanas y los cubanos, escribió con mucho acierto:

Hay dos grandes madres en la historia nacional, porque son las de dos grandes cubanos impulsores de nuestra independencia: Mariana Grajales, la madre de Antonio y de todos los Maceos, y Leonor Pérez, la madre de José Martí.

Mariana, al morir uno de sus hijos, le pidió al menor que se “empinara” para acudir también a luchar por la independencia de la patria. Leonor vivió siempre tratando de preservar la vida de su único hijo varón.

En las nuevas circunstancias épicas que la Cuba revolucionaria ha vivido, la figura de Mariana ha sido lógicamente exaltada por encima de la de Leonor, pero yo creo que ambas actitudes representan el código de la mujer cubana.¹

Tal apreciación nos remite a la evidencia de que una mujer como Mariana también cuidó y se preocupó por la seguridad y el bienestar de sus hijos, tanto como doña Leonor fue fuente de inspiración del espíritu de rebeldía del Apóstol de la independencia cubana, y luchadora ella misma en la medida en que lo podía ser una madre española en momentos en que Cuba aún luchaba por su independencia.

Nacida el 17 de diciembre de 1828 en Santa Cruz de Tenerife, Islas Canarias, Leonor Antonia de la Concepción Micaela Pérez Cabrera, procedía de una familia que contaba con algunos recursos económicos, los que llegan a acrecentarse cuando, a poco de llegar a la isla, el padre gana un primer premio de la lotería que les permite vivir en una casa bastante espaciosa y cómoda en la calle Neptuno.

Es muy probable que al asistir a uno de los frecuentes bailes donde la juventud capitalina de la época hallaba modos de esparcimiento, Leonor conociera a Mariano Martí Navarro, sargento de artillería natural de Valencia, quien debió sentirse atraído por esta isleña veinteañera. No habiendo oposición en casa de la joven y siendo el

¹ Guillermo Rodríguez Rivera. *Por el Camino de la mar o Nosotros los cubanos*. Ediciones Boloña, Colección Raíces, Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, 2006, p. 111.

pretendiente del mismo cuerpo de artillería al cual había pertenecido el padre de la futura novia, el valenciano y la tenerifeña se comprometen y casan el 7 de febrero de 1852. Un año más tarde, les nace su primogénito, al que bautizan con el nombre de José Julián. A este se le suman en pocos años siete hijas: Leonor (la Chata), Mariana Matilde (Ana), María del Carmen (la valenciana), María del Pilar Eduarda, Rita Amelia (Amelia), Antonia Bruna y Dolores Eustaquia (Lolita).

Si bien a la familia constituida por Mariano y Leonor no le faltaron algunos recursos y pequeños negocios, los muchos hijos, la honradez y rectitud del padre así como el encarcelamiento del primogénito, los fue empobreciendo.

Como madre dedicada al hogar y al cuidado de la familia, doña Leonor puede dar la impresión de haber sido una mujer sencilla como tantas emigrantes canarias que arribaron a Cuba a comienzos del siglo XIX. No obstante, cuando se profundiza en los avatares de su vida y los valores que contribuyó a forjar en sus hijos, se comprende entonces cuanta humanidad y sabiduría había en ella. Doña Leonor es la valerosa madre que debe administrar con celo la pobre economía de un hogar modesto; es la mujer hecha a resistir los embates que le deparó la vida, entre ellos, la pérdida de la mayoría de sus hijos a edad temprana, ya que solo una de las hijas, Amelia, le sobrevivió; es la mujer capaz de asumir la administración de los bienes de la familia cuando el esposo asume el cargo de Juez Pedáneo en Caimito del Hanábana; es quien redacta las cartas dirigidas a la más alta autoridad del país, para solicitar la libertad del hijo condenado a una larga pena de cárcel por infidencia, y quien durante su encarcelamiento, lo visita y reconforta; es la misma que sigue al hijo a México en los años 70, y allá lo recibe en sus brazos, en breve espacio de tiempo, y luego vive la separación hasta que concluye la guerra con el Pacto del Zanjón y él puede retornar a la Isla, de donde debe partir al destierro nuevamente.

En la sustancia primaria del hogar y de la familia es donde se realiza el primer aprendizaje del ser humano, y del diálogo con el ejemplo, no sólo desde la palabra, sino desde los valores conductuales que se manifiestan en la cotidianidad, surge el espacio inicial en la formación de cada persona. Por ello la enseñanza de la modestia y de la laboriosidad, así como la aplicación al mérito propio gracias al trabajo, al decoro y a la defensa de la verdad, fueron contribuciones cenitales de doña Leonor a la modelación de una personalidad y un carácter excepcionales.

En más de una ocasión el patriota cubano proclamó la humildad de su origen y enfatizó el papel desempeñado por sus padres en su formación ético-

moral: “¿Y de quién aprendí yo mi entereza y mi rebeldía, o de quién pude heredarlas, sino de mi padre y de mi madre?”, señalaría con justicia. Como muy certeramente ha señalado Fina García Marruz, el amor de Martí por “los pobres de la tierra” comenzó en el hogar. Aunque no faltaron algunas incomprendiones familiares, en varios momentos de su vida el propio Martí declara que había recibido de sus padres una formativa herencia de rebeldía y honestidad y una gran capacidad de ternura, que él se encargó de devolver siempre que tuvo ocasión de hacerlo.

Es lógico que la primera apreciación sobre el mundo hispánico, y muy particularmente, lo relacionado con paisajes, personajes e historia de Islas Canarias, lugar de nacimiento de su madre, Martí lo recibiera en el marco de la familia. Es preciso además tomar en consideración que antes de su primer destierro (1871-1874), probablemente ya conocía físicamente el lugar de nacimiento de la madre, cuando la familia parte hacia España en 1857, después de recibir una parte considerable de la herencia al morir en La Habana el padre de Leonor. Don Isidro Méndez, biógrafo del Apóstol, tenía la creencia confirmada hoy por nuevas indagaciones de la investigadora Olivia Cano, de que en este viaje llegaron a la patria materna, pues ninguno de los dos buques en que embarcó deportado en 1871 y en 1879, pasaba por Canarias, y Martí hace referencia a “su paso por las Islas” en su artículo de *Patria*, “Los isleños en Cuba”, publicado el 27 de agosto de 1892.

Al margen de esta circunstancia, de los sentimientos y algunas características físicas que un biógrafo le señaló como “derivaciones de lo guancho”,² el conocimiento acerca del Archipiélago canario le viene a Martí por la relación íntima que sostiene con la madre, quien es lectora y crítica de sus obras literarias. En la casa de su niñez había un canario amarillo que quizás le recordaba a la madre su isla lejana, y sería objeto de inspiración poética en sus años de madurez³. Por aquellos “días perpetuos de la infancia”, publica el poema *Abdala* en *La Patria Libre*, periódico que sale a la luz en enero de 1869 en virtud de una frágil libertad de imprenta que decretan las autoridades españolas. Muchos han visto en este poema el drama que el joven vivió de niño en su hogar, por el temor de los padres a las consecuencias que acarrearían sus

² Jorge Mañach. *Martí el Apóstol*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p.16.

³ José Martí. *Versos Sencillos*, OC, T 16, p. 100 (1889).

ideas patrióticas, por lo que el personaje de Espirita, se ha identificado con Doña Leonor, de tal modo que en una de sus escenas, el guerrero, suplica:

*“¡Oh madre, no llores! Volad cual vuelan
Nobles matronas del valor en alas
A gritar en el campo de los guerreros:
¡Luchad! ¡Luchad, oh nubios! ¡Esperanza!*

Cuando circulaba este poema, el 22 de enero de 1869, ocurre el incalificable atropello y crimen que es conocido como “los sucesos del Teatro de Villanueva”, cuando en una función de dicho teatro, se dieron vivas a Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la gesta independentista, y esto provocó que los voluntarios atacaran el recinto, dejando un saldo considerable de civiles muertos y heridos. En estos hechos pudo estar involucrado Martí, quien se encontraba lejos del hogar. Años después en un artículo publicado en la *Revista Universal de México* alude a este episodio personal al cual dedicaría también el poema XXVII de sus *Versos Sencillos*. Por conocerse menos, recordaré la mención en la revista mexicana: “[...] Era mi madre: fue a buscarme en medio de la gente herida, y las calles cruzadas a balazos, y sobre su cabeza misma clavadas las balas que disparaban a una mujer, allí en el lugar aquel donde su inmenso amor pensó encontrarme!”⁴

El 21 de octubre de 1869 es una fecha fatídica para la familia Martí y Pérez porque ese día ingresa el joven Pepe en la Cárcel Nacional acusado del delito de infidencia, y se conoce por el alegato de Martí *El Presidio Político en Cuba*, lo que significó esta experiencia para su corta existencia y el sufrimiento inmenso que causó a sus padres. Allí en medio de las penurias que lo agobian, en una foto donde viste su traje de presidiario y el grillete al pie, y recordando el drama de Espirita, escribe:

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
Tu mártir corazón llené de espinas,*

⁴ José Martí. “El Parte de ayer”. *Revista Universal*, México, 21 de marzo de 1875. En: *Obras completas. Edición crítica*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, Tomo 1, p. 243.

*Piensa que nacen entre espinas flores.*⁵

Si bien Doña Leonor reclamó insistentemente de su vástago varón que se apartara de la lucha por los riesgos que traería a su seguridad y por los perjuicios que implicaba al bienestar de la familia, no faltó nunca su apoyo ni fue objeto de condena el esfuerzo que realizaba su primogénito en pos de la liberación de la patria. Aún cuando creía equivocado a su hijo, sentía verdadero orgullo por su condición de pensador y el don que poseía para entender y ser apreciado por las personas con las que se relacionaba.

Ya viuda, viajó en noviembre de 1887 a Nueva York donde desde hacía seis años residía Martí. Los cubanos de la emigración le demostraron con innumerables agasajos y festejos, la honda admiración que sentían por su hijo, pero la alegría de esta feliz estancia, se vio afectada por aquella intuición que la hacía pensar que estaba viendo a su hijo por última vez. El propio Martí relataría a su amigo Serra cómo en vísperas de la partida de su madre, ella lo seguía de una habitación a otra como si no quisiera separarse nunca de él. En aquella ocasión, Leonor aprovechó para llevarle un anillo grabado con la palabra CUBA, hecho con un eslabón de la cadena del grillete que llevó en presidio. ¿No fue ésta en cierto modo una aprobación al destino revolucionario que el hijo había elegido? Si este hecho no bastara, solo habría que recordar la carta de despedida a la madre, el 25 de marzo de 1895, que Unamuno calificara como una de las oraciones más bellas de la lengua⁶:

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Ud. Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré

⁵ José Martí: I Brigada- 113, Presidio, 28 de agosto de 1870. En: *Obras completas. Edición crítica*. Ob cit, Tomo 15, p. 191

⁶ Fina García Marruz. “Un domingo de mucha luz”. En: *Temas Martianos*, Tercera Serie, Centro de Estudios Martianos, 1995, p. 18

yo de Ud con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

José Martí

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Ud. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

La caída de Martí en combate, no por presentida fue menos dolorosa para la madre, y los años que siguieron a esta no lo fueron menos. A comienzos de 1898 el clima de inestabilidad que respiraba el país, la obligaron a partir junto a su hija Leonor y dos de sus nietos hacia La Florida, donde fue acogida afectuosamente por los patriotas cubanos. Un corresponsal del periódico *Patria* escribió sobre la estancia de Leonor en Tampa lo siguiente: “Es de carácter dulce, amable en su trato y [está] al corriente de cuanto pasa, así en el interior como en el exterior, que se refiera al problema cubano, [...]”⁷.

La muerte de Martí había marcado el derrotero de aquella humilde familia, que vivía pendiente de la marcha de la guerra, en la cual dos de los nietos de Leonor, Alfredo y Mario, se incorporaron como combatientes y dos de los yernos, José García y Joaquín Fortún, brindaron contribuciones en municiones, ropas y medicinas para auxiliar a los mambises.

La terminación de la guerra con la intervención norteamericana y la desidia e indiferencia del gobierno que se instaló bajo sus auspicios, determinaron el estado de desatención y olvido a que fue confinada la madre de quien había sido el alma de la última guerra de independencia. Perdida la visión y sobreviviendo apenas con el sueldo recibido como empleada subalterna de una Secretaría del Gobierno, doña Leonor no tardó en recibir muestras de consideración y afecto por parte de numerosos patriotas, en su mayoría obreros, que habían sido baluartes de la emigración revolucionaria.

A iniciativa de los emigrados, caló la idea de realizar una colecta popular para comprar la casa natal de Martí, en la cual ya el 28 de enero de 1899, por insistencia de Leonor, se había colocado una tarja que recordaba el lugar de

⁷ Adys Cupull y González, Froilán. *Creciente agonía*. Editorial José Martí, La Habana, 2007, p. 280

nacimiento del héroe. La campaña tenía por objeto entregar dicho inmueble a doña Leonor Pérez, y para ello se crea la *Asociación de Señoras y Caballeros por Martí*, que contó entre los primeros donativos el de la emigración de Tampa y Cayo Hueso. Tan noble empeño, que también incluía una ayuda económica con la cual pudiera la anciana dar atención a los nietos huérfanos, no estuvo exento de mezquinas actitudes, como la que se protagonizó en el seno de la Asamblea Constituyente de 1901. El incidente en cuestión surgió en torno a una colecta iniciada por delegados provenientes de las filas independentistas. Al solicitársele su contribución al autonomista Eliseo Giberga, este descargó su rencor contra su principal opositor político con esta irrespetuosa frase: “La madre de Martí no es digna del auxilio de mis compatriotas, porque Martí fue un hombre funesto para Cuba y su memoria será execrada por la historia”⁸.

La ofensa inferida por el autonomista al ser conocida, levantó una indignada protesta de los asambleístas y de amplias capas de la población de todo el país, que no lograron su expulsión por las presiones que ejercieron las autoridades yanquis. Al conocer estos hechos, doña Leonor solo atinó a exclamar: “¡Cuánto dolor!”⁹.

La casa de la calle Paula fue comprada finalmente y entregada a doña Leonor en un acto memorable, pero poco tiempo después la noble progenitora del héroe, debido a estrecheces económicas y a problemas de salud, se vio en la necesidad de alquilar la vivienda y mudarse para casa de su hija Amelia, donde le sorprende la muerte el 19 de junio de 1907, meses antes de cumplir los 79 años de edad.

Fue Leonor, no hay duda de ello, guía e inspiración para sus hijos y nietos. En un hogar donde el padre era hombre de escasa instrucción y creía decir más callando, era ella la que de algún modo se hacía escuchar, bien para procurar una buena elección de pareja a sus hijas, para que estas mismas pudieran acceder a la poca cultura a la que entonces tenían derecho las féminas en Cuba, o para asegurar la seguridad y bienestar de su hijo mayor a quien le recriminaba no responder con prontitud sus cartas, dejándola en la angustia de no saber si estaba en dificultades o enfermo, pero siempre alentándolo para que cuidara de su salud y tuviera valor para enfrentar los embates que pudiera depararle la vida.

⁸ Pedro Luis Padrón. “La ofensa de un autonomista a la memoria de José Martí en la Constituyente de 1901. En: *Granma*, La Habana, 20 de marzo de 1969, p.2

⁹ Adys Cupull y González, Froilán, Ob Cit, p. 298.

Dicen que a veces los símbolos son la síntesis de algo que los seres humanos admiran, creen o esperan, y uno de estos símbolos que identifica a las madres de Cuba es el de una mujer valerosa corriendo por las calles con la esperanza de encontrar al hijo y rescatarlo de la muerte.

La poetisa Fina García Marruz ha dicho que Martí añoró siempre dos tipos de mujer que halló y amó en la casa: “la mujer toda entereza, capaz de seguir al esposo en todos sus padeceres, como fue su madre Leonor — y creyó él que sería su mujer, Carmen —, y la muchacha sensible a todo lo bello, que se murió antes de tiempo, como su hermana Ana. Y también como la niña guatemalteca”¹⁰. Creo que en Leonor también halló un alma sensible a la poesía y a todo lo bello, capaz de sentir hondamente poemarios como *Ismaelillo* y *Versos Sencillos*, pero lo más esencial que nos ha legado es quizás aquello que supo descubrir el poeta, y es el modo en que junto a esa gran figura que es la madre de los Maceo, Leonor representa con su heroicidad cotidiana y difícil, que no siempre brilla a los ojos del mundo, el código identitario de la mujer cubana. Esta es quizás, de todas, la mejor de las razones que justifican la honrosa adopción de su nombre por la Asociación Canaria de Cuba.

¹⁰ Fina García Marruz. “*Un domingo de mucha luz*”. En: *Temas Martianos. Tercera Serie*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1995, p. 18